

—¿Porqué?
—Porque es imposible
Que ella á la ventana acuda.
—¿Porqué?
—Porque supondrá
Que con legitima escusa
No vendrás en una noche
En que formidables luchan
Airados los elementos.
—Y no lo yerras sin duda;
Mas ya que estamos aquí,
Volvemos también en suma
Sin ver si sale ó no sale
También fuera en mi locura.
—Como quieras.
—En tu sitio
Queda pues.
—Felix, escucha:
¿Ves allí un bulto parado?
—Qué, ¿tienes miedo?
—¿Te burlas,
Felix?
—No; mas como veo
Que ese embozado te turba...
—Dejémosle que se aparte.
—Juzgo cosa mas segura
Que le hagamos apartar.
—¿A la fuerza?
—¿Qué pregunta!
Si no se aparta de grado
A ella es fuerza que recurra.
—Vamos pues.
—Tú queda inmóvil,
Que no necesito ayuda.
—Entiendo.»
Y así diciendo,
Fuése con planta segura
Don Felix al embozado,
Que de situacion no muda.
Paróse á tres pasos de él,
Y con gentil apostura
Dirigióle estas palabras
Con voz ajena de injuria:
«Hidalgo, si grave empeño
Tal vez no os lo dificulta,
Dejadme libre un momento
La calle.
—¿Y qué es lo que busca
En ella vuestra merced?
—Busco una casa.
—¿La suya
Tal vez?
—Estime el hidalgo
La cortesía que se usa
Con él, y responde atento,
Que mi paciencia se apura.
—Perdone el buen caballero.
Y eche adelante si gusta.

—Es que os habeis de apartar.
—Sí haré.
—Gracias.»
Hizo punta
El embozado hácia arriba,
Tomando en la calle ruta:
Y echó hácia abajo Don Felix
Hasta ver por las junturas
De la reja de Doña Ana
La luz que en el cuarto alumbraba.
Pasó por frente á la reja,
Volvió á pasar, hizo en suma
Para llamar su atencion
Cuanto no fuera hacer pública
Con la presencia de un hombre
De Doña Ana la conducta;
Mas ni se abrió la ventana,
Ni se oyó señal alguna.
Ya el corazon se le prensa
De los zelos con la furia,
Ya negros y pavorosos
Presentimientos le turban,
Y ya dudaba afanoso
Entre si era ó no cordura
El volverse ó el quedarse
Hasta que verdad descubra;
Cuando hácia él calle adelante
Vió correr con gran premura
A su amigo que le dice:
«¡Huye, Don Felix!

—¿Que huya!
—¿De qué?
—El Milanés maldito
Tenia su gente oculta
Para dejarte pasar,
Y con mano mas segura
Encerrado en esta calle
Abrirte en su centro tumba.
—¿Estás seguro que es él?
—Sí, Felix, sin duda alguna.
—Ganemos pues la otra esquina,
Que fuera cosa hartó dura
Morir aquí como perros
A las manos de tal chusma.
Pero mañana la mía
Será la primer figura
Que á sus ojos se presente,
Y veremos si su astucia
De su corazon desvía
De mi tizona la punta.
Vamos.»
Y así pronunciando
A alejarse se apresuran.
Mas no bien á la otra esquina
Tocaban, cuando á ellos juntas
Dos espadas se vinieron,
Que toparon con las suyas:
Duró la lid un instante

Y ya vencer se figuran,
Pues á estocadas los llevan
Los dos mancebos con furia,
Cuando corriendo llegaron
Con las espadas desnudas
Otros tres por sus espaldas.
Siguió momentos la lucha
Como valientes lidiando;
Mas ¿qué el valor les ayuda
Donde á traicion contra ellos
Cinco cobardes se juntan?
Cayó primero Don Felix,
Y aunque en la tapia se escuda
Para lidiar cara á cara,
Los ojos ¡ay! se le anublan
Con la sangre que derrama
Y á cuchilladas le abruman.
Riñó como bravo el otro,
Mas fué inútil su bravura,
Pues todos en torno suyo
Villanamente se agrupan.
Y al cabo de unos momentos
Cayó, con heridas muchas,
De boca, á impulso de un tajo
Traidor, sentado en la nuca.
Tomaron la calle arriba
Los viles, y en voz confusa
Unos á otros marchando
Que muertos son se aseguran.

Amanecía apenas
El inmediato día,
Cuando sus horas de quietud serenas
A Don Pedro Guzman interrumpe
Sinistra y tumultuosa vocería.
De su casa en la puerta
Con aldabadas dobles,
A cuyo impulso sus macizos robles
Resistencia oponian, pero incierta,
Llamaban tenazmente;
Y ya tropel juntábase de gente,
Y ya Don Pedro presto
Con prisa airada y soñoliento gesto
Las ropas se vestía,
Porque ningun doméstico lo hacia.
Ya de su larga bata
Las puntas coge y las presillas ata;
Y al balcón se dirige,
Cuando un viejo criado,
Que há muchos años que su casa rige
Llegó á él con semblante desolado.
«Fermin, ¿qué es lo que pasa
(Dijo Don Pedro) para ruido tanto,
Que parece que á hundir se va la casa?»
Y amargo llanto derramando el viejo
«No salgais (dijo), por el cielo santo.

—Mas ¿qué pasa? ¿quién es?
—Es la justicia.
—¿Y en mi casa qué quiere?
—¡Oh! con vos nada,
Señor, nada con vos.
—¿Pues á quién busca?
Fermin, sea cualquiera la noticia
Que al fin me has de decir, por desastrada
Que sea, dila pronto.
—¿Sosegaos, señor!
—Voto á los cielos
Que valen mas que el susto tus recelos.»
Y tal diciendo con airado tono
Dirigióse á la puerta;
Mas el viejo Fermin interponiéndose
Con sollozos le dijo interrumpiéndose:
«Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido
Dentro de casa.» Y comprendiendo al punto
Don Pedro lo demas, lanzó un gemido
Arrancado al dolor y la ira junto,
Y apartando al anciano suplicante,
Lanzóse por los cuartos adelante.
Al pié de la escalera
En hombros de unos hombres compasivos
Yacia, desgarrando de los vivos
El corazon, y de su muerte fiera
Con horrendas señales mutilado
Don Felix desdichado.
De siete anchas heridas
Por las sangrientas bocas
La vida se le huyó, y compadecidas
De tan triste espectáculo, pudieran
En lágrimas romper las duras rocas.
La horrible escena de dolor y saña
A que Don Pedro se entregó, sin duda
Que es á mi pluma estraña:
Que á periodos poéticos acuda
Para pintarte con verdad en vano
Será ¡oh caro lector! llama en tu ayuda
Tu propio corazon, y pesa el duelo
Que fuera en él, si un padre ó un hermano
De modo tal te arrebatara el cielo.
Con tan grande dolor, con pena tanta
Don Pedro de Guzman enloquecido,
Largo rato anudada en su garganta
Sintió la voz, y se esquivó el sonido.
Y sobre los despojos
Del infeliz hermano
Llanto vertieron sus nublados ojos;
Trémula y fria separó su mano,
A su dolor cediendo sus enojos;
Mas luego que en su mente
Volviéron á ordenarse las ideas
Y al corazon ardiente
Volvió el valor un punto adormecido,
La centelleante vista de repente
Tendió por el concurso enmudecido
Diciendo con acento enronquecido:

« ¿Quién fué el traidor cobarde
Que en un mancebo imberbe todavía
De tan salvajes iras hizo alarde? »
Y en derredor tendió fiera mirada
Guzman, mas nadie le repuso nada.

« ¿Todos, dijo Don Pedro, aquí lo ignoran?
¡ Todos callan! ¡ par diez! ¿ dónde fué muerto? »

« No hallaron la verdad los que le lloran,
Los que le traen á domicilio cierto? »

« ¿Quién le reconoció? ¿quién pudo acaso
De quien le recogió guiar el paso? »

« Volvió á tender en torno su mirada
Guzman, y nadie le repuso nada.

Entonces ya con tono descompuesto
Y semblante iracundo,

Hijo de su pesar justo y profundo,
A un alcalde de corte que con gesto

Impasible y severo le habia oido,
Cuya ronda á su hermano ha recogido,

Dirigióse Guzman, así diciendo :

« Amigo soy del rey, y pues tan necia
En los crímenes anda la justicia,

Sabrás el rey que su ley se le desprecia,
Y que el miedo la tuerce ó la malicia. »

Y volviendo la espalda Guzman, fiero
Pidió á Fermin su capa con su acero;

Viendo lo cual el juez tras él echando
Y á Guzman de los otros apartando

Dijole : « Oídme pues, buen caballero. »
Y de la estancia fuera

Platicaron los dos de esta manera.

D. Pedro. Decid. *Alcalde* Con vuestro hermano
Otro jóven hallé, que al par herido

Fué con Don Felix por la misma mano.

D. Pedro. ¿Y quién es?

Alcalde. Fué Don Carlos de Aguilera.

D. Pedro. ¿Murió también?

Alcalde. También.

D. Pedro. ¡Oh! suerte fiera!

Alcalde. Mas vivió lo bastante
Para decir con hábito espirante

Y jurar por la fé de caballero,
Y de la eternidad por el gran paso,

De tan traidor y lastimoso caso
El autor verdadero.

D. Pedro. ¿Y quién es; vive Dios! señor
alcalde?

Alc. Antes, Don Pedro, desabersu nombre
Juradme que escondido en vuestro pecho

Le guardareis; que es hombre
Que por bueno pasar puede lo hecho :

Y que al rey solamente
Le habeis de revelar secretamente.

D. Pedro. Sí juro; mas si fuese
El mismo rey, señor alcalde, habria

De hacer justicia en sí, ¡ó por vida mia!
Que puede que me oyese

Lo que de nadie oír esperaría.

Alcalde. A la venganza yo no os spongo coto;
Mas si no sois del rey muy grande amigo

No movais con quien fué mucho alboroto;
Y esto, Guzman, que os digo,

Lo que os puedo decir es, y es mi voto.

D. Pedro. Mas quién es, acabad.

— Y aquí al oído
De Don Pedro acercándose el alcalde

Dijo, y de nadie pudo ser oído.

Alcalde. El milanés que habita en la
embajada

De Inglaterra. — Y Don Pedro

Tal nombre oyendo, al lado de la espada
Llevó la mano, y con feroz mirada

« Bien está, dijo al juez : lo entiendo todo. »

Alcalde. ¿ Solo el rey lo sabrá?

D. Pedro. Solo, y de modo
Que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose
Para dejar la historia bien redonda

Desde allí cada cual siguió entregándose
Don Pedro á su dolor, y él á su ronda.

Pero puede el discreto
Imaginar, que en calma

No podría encerrar dentro del alma
Don Pedro de Guzman este secreto,

Y que á vueltas y á solas andaria
Mas segura buscando

Del autor de delito tan infando
Fiera venganza, en oportuno día;

Y que el día fatal ruédolo aguardando.

—

Y á la mano en pocos días
La ocasion le vino pronta,

Que quien para el mal la busca
Siempre se la encuentra próxima.

Seguido de un escudero
Por honor de su persona,

Y por ayuda en un caso
De una asechanza traidora,

Por fuera de Recoletos
Una tarde nebulosa

El de Guzman se pasea
Rumiando tristes memorias.

Víasele entre los árboles
Como una siniestra sombra

El monasterio cruzando
Desde una esquina á la otra,

La larga espada en la cinta,
Embozada la persona,

Descolorido el semblante
Y con la mirada torva.

Todo su exterior, en fin,
Revela que su alma á solas

En los cálculosse abisma

De meditaciones hondas,
Y que una idea inmutable

Intima y desoladora
Lastima su inquieta mente

Y el corazon le acongoja.
Piensa en su hermano Don Felix,

Y en la mas fácil y próspera
Ocasión de la venganza

De muerte tan alevosa.

En esto el Prado adelante
Por dos yeguas voladoras

Que le pacieron la grama
Al Guadalquivir en Córdoba,

Arrebatada venia
Sin camino una carroza,

Pues torpe mano á las yeguas
Acosando desbocólas.

Al punto vió la impericia
Guzman, cuya generosa

Sangre á ayudar le impelia
Al que así necio se arroja :

Y conociendo que pronto,
Dejando la arena cómoda,

Se entraran por los vallados
Las dos bestias poderosas,

Con su escudero lanzóse
Por si contenerlas logra,

Y aquel peligro desvia
De quien la muerte provoca.

Los que en el carruaje vienen
Gritaron en voces roncadas :

« ¡Fuera! ¡fuera! » por si acaso
Con el espanto empeoran

Los animales y alcanzan
Caida mas desastrosa.

Mas á sus voces haciendo
Guzman las orejas sordas,

Como hombre sereno y ducho
En semejantes maniobras,

Colocándose á ambos lados,
La vista y la mano pronta,

Caballero y escudero,
Al enfilarse la carroza

Con un instantáneo arrojo
Asiendo las bridas rotas

A una yegua el caballero
Y el escudero á la otra,

Consiguieron lastimándolas
Pararlas, y á mucha costa.

Saltó en tierra un caballero
A la mas estricta moda

Equipado, y de presencia
Muy bizarra y muy airosa.

Mas al llegarse á Don Pedro
A darle gracias, la gola

Le aferró con ambas manos
El de Guzman, con furiosa

Voz diciéndole : « Asesino,

¡Caiga en tí su sangre toda! »
El milanés (que no era otro),

Que aquella sangrienta historia
Recordó viendo á Don Pedro,

Dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzman,

Y treguas dando á su cólera,
Le dijo : « Hacia aquí apartaos,

Veamos si vuestra hoja
Corta igualmente de cara

Como por la espalda corta. »

Echaron á Recoletos,
Y de tapia protectora

Amparándose, sacaron
Al aire sus dos tizonas.

Perdió el milanés la suya
Con muchísima deshonra,

Y yendo á herirle Don Pedro,
Como una espantada zorra

A quien los perros persiguen,
Tomó fuga vergonzosa.

Indignado el de Guzman
Viendo con alma tan poca

A quien tan traidoramente
Asesina entre las sombras,

Echó tras él ya resuelto
A darle muerte alevosa.

El milanés, conociéndolo
Con intencion previsora

Ganó á la iglesia la puerta
Y la capilla mas próxima.

Entró tras el Guzman, ciego,
Mas á una imagen devota

De Cristo viéndole asido,
De la muger generosa

Se acordó que dió la vida
Al matador de Zamora.

Soltó su mano la espada,
Con voz descompuesta y cóncava

Diciendo, al otro que le oye
Con alma y con faz atónitas :

« Idos, que yo os dejo libre :

Válgaos la buena memoria
De una muger que por mí

Osó hasta accion tan heroica. »

Y saludando á la imagen
Con reverencia piadosa,

Dijo : « Hasta aquí mi venganza :

¡ Dios me la tenga en memoria! »
Dudándolo todavía

Ve el milanés que abandona
La iglesia, mas de ello al cabo

Sus sentidos se cercioran.
Y á su carroza volviendo,

Por hazaña milagrosa
Contó en la corte el suceso,

Q e admiró la corte toda.

Y por verdadera hazaña
Contada de boca en boca,
A Don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.

A MARIA.

PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,

Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, caliz de pureza;
Tú, flor del paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El naufrago que anhela en el Eden tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo sobera-
La destrozada vela de mi infeliz batel; [no
Enséñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.

POGO ME IMPORTA.

CANCION.

Me dicen que medio mundo
Riñe con el otro medio,
Y aunque en verdad me confundo
Viéndolo así, ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace:
Cada cual como mas quiere
Vive y muere,
Y aunque algo extraño se me hace
Viendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
Contra duelos tan extraños,
Y son con tal específico
Horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras;
Ni pesares ni disgustos
Me dan sustos,

Y aunque diz que sulco á oscuras
El mar de esta vida corta,
Poco me importa.

Sin opulencias me paso,
Ni ambiciono honras ni oro,
Ni del poder hago caso;
Si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto,
Y con lo poco que tengo
Bien me avengo:

Y aunque cuanto tengo gasto,
Siendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Si leyes á nadie doy,
Nadie á mi leyes me da;
Donde no gozo no voy,
Donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
Y aunque en todos los lugares
Hay pesares,
Si algun pesar me fastidia
Y amarga esta vida corta,
Poco me importa.

Un puro y una botella
Durante mi esplin consumo,
Y cuando acabo con ella
Cigarro y pesar son humo,
Los vapores de los dos
El cerebro me revuelven,
Y me vuelven
Tan feliz que ¡vive Dios!
Esta vida larga ó corta,
Poco me importa.

Celestes apariciones
Gozan entonces mis ojos,
Y dichosas ilusiones
Satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
Fermentan del humo vano
De mi habano
Visiones tan celestiales
Que una vida larga ó corta
Poco me importa.

¿Y en qué entonces me aventaja
Ningun sultan con su ópio?
Si á su alma el Eden se baja
A mí me pasa lo propio.
A él le exalta la cabeza
Su ámbar, su pipa, y su vaso:
No hace caso
De sí mismo en su pereza,
Y una vida larga ó corta
Poco le importa.

A DON

WENCESLAO AYUALS DE IZCO.

EPISTOLA.

(EN VERSO PROSAICO.)

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas,
Ocurrencias fatales, como tuyas;
Y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas
Traen para mí, que aunque de oír las huyas
Te las voy á encajar porque á mi antigua
Y cerril libertad me restituyas.

¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! mas ambigua
Situación que esta ruin en que me pones,
A los trabajos de Hércules contigua?
¿Escribir en la *Risa* me propones
Y hacer reír? ¡A mí, que siempre he sido
El cantor de la sangre y las visiones!
¡A mí, que en todas partes me han tenido
Por el buho mas negro y melancólico
Que del furor romántico ha nacido!

¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico
Espanta al sano público en la escena
Con obras que espeluznan á un católico!
¿Yo hacer reír? ¡pues la aprensión es bue-
Con que te firme yo tu semanario [na!
No queda al punto un suscriptor, y truena.
Mira lo que haces, Izco temerario,
Mira que te lo ruego por los cielos;
Ve tu empresa con ojos de empresario.
Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,
Tiendo por tu papel mi negra pluma,
Te has de tirar muy pronto de los pelos.
Aliviame este peso que me abruma
Renunciando á mis versos montaraces,
Que es lo que á entrambos nos conviene en
suma.

Mas... áspero mohín veo que me haces
Esto leyendo... ¿en tu opinión te cierras?
No me resisto mas, tengamos paces.

Escribiré en la *Risa*, pues te aferras
En ello, Ayuals; mas sobre tí los daños
Que mis jovialidades desentieras.
Horrendas cosas escribí en cinco años;
Mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo
De mano voy á dar á mis engaños.
Voy á reirme yo, reír haciendo
Al que no haga llorar, ridiculeces
Del mundo en que vivimos descubriendo.
Voy á hacerte reír, pero tus preces
Dirige al cielo, Ayuals, porque te juro
Que te voy á mostrar las desnudeces
De la verdad, en castellano puro;
No correcto tal vez, pero tan claro
Que ha de entenderlo el montañés mas duro

Y á mi el licor jerezano
Del puro entre el humo azul
Me hace igual el soberano
De la soberbia Stambul.
Y en el insomnio dichoso
De la embriaguez le tuteo,
Y me creo
Otro sultan poderoso,
Y como á él la vida corta
Poco me importa.

¿Qué diablos va de él á mí?
Llévanle á el harem eunucos
A que la desuelle allí
Velado por mamelucos;
Y á mí me arrastra á mi lecho
Una muger cariñosa,
Que afanosa
Se desvela en mi provecho,
Con quien la vida por corta
Poco me importa.

Él enamora á una esclava
Que hacia él solo miedo abriga,
Y á mí de aplomarme acaba
Dulce beso de mi amiga:
A él las caricias le roba
Su esclava durante el sueño,
Y mi dueño
Me vela en mi misma alcoba,
Porque mi vida aunque corta
Mucho le importa.

A él le hace el ópio tal vez
Soñar con alguna hourí,
Y ver me hace una el Jerez
En cada muger á mí.
Él reina en Constantinopla,
Y yo misero coplero
Cuando quiero
De él me río en una copla,
Y de su rabia si aborta
Poco me importa.

Y á él ópio escesivo acaso
Le hace ponzoña mortal
De su café, y le abre paso
A su sepulcro imperial.
Mientras yo libre de afán
Despierto al placer mañana
Con mas gana,
Y aunque reviente el sultan
Y deje á la Europa absorta
Poco me importa.

Y aqueste empeño para hacer mas raro
Por mi voy á empezar, ante tus ojos
Mostrándome cual soy bien sin reparo.
Perdona si tal vez te causa enojos
Mi ruin y flaca aparicion barbuda;
Resultado es no mas de tus antojos.

Contempla pues mi humanidad desnuda,
Y piensa que cual yo te me presento
Voy á poner á los demas sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento,
De talla escasa, y tan estrecho y magro
Que corto andando como naipe el viento
Y protegido suyo me consagro,
Pues son de delgadez y sutileza
Ambas á dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza
Como el diamante, al aire: y abundosa
Pelos me prodigó naturaleza.

De tal modo, que en siesta calurosa
Mis melenas y barbas estendidas
A mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchos que perdidas
Entre la turba de las otras caras
Se pasean sin ser apercebidas.

Mofadora espresion si la reparas
Muestra á veces, las mas indiferencia,
Y otras melancolia, aunque muy raras.

Cual soy me tienes pues en tu presencia
Visto por fuera, Wenceslao amigo,
Pero visto por dentro hay diferencia.

Que aunque soy en verdad, como te digo,
De hombre en el exterior menudo cacho,
Alma mas rara bajo de él abrigo.

Serio á veces, á veces vivaracho,
Tengo á veces arranques tan exóticos
Que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos
Que atropello razones y exigencias
Por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
Y eso que *allá* los padres jesuitas
Me avivaron un tanto las potencias;

Mas yo dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en brazos
De las Musas. Muger y bonitas

Ellas, muchacho yo, cai en sus lazos;
Y á fé que sus cariños me valieron
Inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron
A oírlos con glacial indiferencia,
Y en mi esta indiferencia produjeron

Con que miro las cosas (y en conciencia
Aunque cual gran calamidad la llo
No la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro,
Mas despierto con otra ventolera
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;

Mas si un día en razon meterme debo,
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida, por mi gusto, llevo;
Mas si llevarla del reves importa
Lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.

La existencia no me es larga ni corta;
En paz la paso sin placer ni pena;
Como no tengo plan nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena
Quiere lo que yo soy, por mil caminos
Irá, y tal vez de la verdad ajena.

Que (abreviando discursos peregrinos)
No sirve cuanto digo y cuanto hago
Para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,
Que ni nadie me entiende ni me entiendo.
Lo que hice ayer, mañana lo deshago;

Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,
Y así salen mis obras á mi antojo, [do.]
Aunque digas ¡oh Ayguals! «no lo compren-

Tal soy, como te he dicho, y algo flojo
Tal vez anduve: mi retrato es este.
Si á firmar tu periódico me arrojó

Voy á ser mas dañino que la peste;
Y he de sacar la pluma de mal año
Aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño
En esta ingerta sociedad de ahora,
Dó el ridículo solo no es estraño,

Si me quieres así, sea en buen hora:
Reir me place, mas á costa ajena,
Que es mas dulce reir, cuando otro llora.

Tú dirás que esta epistola no es buena,
Y que si ha de ser tal cuanto te escriba
Renuncias mis artículos sin pena.

Mas aunque bien dirás, en esto estriba
La excelencia mayor de estos renglones,
Pues de justicia es ley distributiva

Que si critico de otros las acciones,
Me esponga yo á su critica primero,
Y les dé la razon de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestacion espero
Recibir de tu puño, en versos frios
Y ásperos como clavos; lo que infiero

No de uno de mis muchos desvarios,
Sino porque contestes dignamente
A versos tales como son los míos.

Contesta pues, y riase la gente:
Que nos llame la *Risa* sus apóstoles,
Y aunque nos diga el vulgo irreverente

Que esto es tocar el órgano de *Móstoles*.

A MI AMIGO

WENCESLAO AYUALS,

DIRECTOR DE LA RISA.

¿Con que ni puertas ni rejas
De tí me pueden librar?
¡Maldito Ayguals, no me dejas
Un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
Lo que me haces cavilar,
Zumbándome las orejas
Con los ayes y las quejas
Que me envias sin cesar.

Irrita pues, escorpion,
Mi lengua de basilisco
Con uno y otro arañon,
Con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazon
Hasta dejarle hecho un risco
Para el duelo y compasion;
Mas ¡ay si rompe el turbion!
¡Ay si te coge el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?
¿Quién vive el cielo! me estorba
Darte una buena batida
Con esta péñola corva,
En tu propia hiel teñida?
Nadie... El coraje me encorva
Y... Oyeme, Ayguals, por tu vida,
Que con tu misma medida
Voy á templar mi torba.

Y pues luchador atlántico
En composicion esdrújula
Retas á mi estro romántico,
Ayguals, yo rompo mi brújula,
Y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues frenético,
Wenceslao, mi númen *lirico*,
Que rabia por lo *patético*,
Y para hacerme *sattrico*
Me amenazas con lo de *ético* (1),
Seguiré tu plan *diabólico*;
Desde hoy agrío, amargo y *ácido*,
Mi zumbido *melancólico*
Será són alegre y *plácido*
Aunque me cueste un buen *cólico*.
¿Temes que mis fuerzas *bélicas*
Cedan, y me quede *exánime*?

(1) Y aquí si yo fuera empírico
Te regalaba un cosmético
Y si encontrara otro en *irico*
Te daba *tártaro emético*.

Dudas tienes bien *angélicas*;
Verdades oye *evangélicas*,
Que contigo voy *undnime*.

Quien no sea hoy un *estólicio*
Gran dosis de *metafisico*
Ha de llevar en su *físico*;
Que no es de moda lo *sólido*
Ya: lo elegante es lo *tísico*.

Veme á mí. *Influencia mágica*
Ejerzo en todo *espectáculo*;
Y el vulgo al verme con *bácilo*
Caminar, y con faz *trágica*,
Me tiene por un *oráculo*.

¿Mas á Breton? ¡Santa *Brígida*!
Al ver su panza de *ecónomo*
Le darán orchata *frígida*,
Le pondrán á dieta *rígida*
Como al mas fiero *gastrónomo*.

La magrura es un *vehículo*
Para hacer doctor en *fárragos*
El ético mas *ridículo*;
Para sabios es de *artículo*
Ser tan secos como *espárragos*.

Tal es nuestro siglo: *encárate*
Con cualquier autor *dramático*,
No hablemos de Gil y *Zdrate*,
Con Príncipe y yo *compárate*...
¡Bah, tú eres un buey *asiático*!

¿Qué hermosa mira con *ánimo*
Vuestros contornos *exóticos*,
Si los destinos *despóticos*
Dan siempre á vientre *magnánimo*
Los gustos mas *estrambóticos*?

Y si á cuestion *pantomímica*
Lo reduces, ¿cual mas *árida*
De la de un gordo? La *quinica*
A voces una *cantárida*
Recetará á vuestra *mímica*.

Si á una muger (¡Santa *Mónica*!)
En sitio público (¡*cdscaras*!)
Diriges seña *lacónica*,
Se quedará como en *máscaras*,
Tendrá por risa *sardónica*,

Por amenaza *satánica*,
La seña amante y *volcánica*,
Y te tendrá por un *tábano*
Que con torpeza *mecánica*
No quiere soltar el *rábano*.

¡Bah! sé en lo gordo *metódi e*,
Y te jura tu *vulpécula*
Que aun á precio menos *módico*
Mas de moda tu *periódico*
Ha de ser, por omnia *secula*.

El *amen* tú lo dirás,
Que de derecho te toca,
Pues fuera me le coloca
Tu metro de *Barrabás*.

Y pues te devuelvo exactos
 Tus esdrújulos malditos,
 Ya ves, me cuesta tres pitos
 El cumplir con nuestros pactos.
 Mas si en encomiar los gordos
 Tú te me cierras fanático,
 Pese á mi interés apático
 Nos habrán de oír los sordos.
 Porque, Ayguais, ni aquí ni en Flandes
 Ha habido un gordo grande hombre,
 Que á los gordos, no te asombre,
 Les llama el vulgo hombres grandes.
 Tal es el siglo en que estamos,
 Siglo montado al vapor :
 Cuanto mas peso, peor ;
 Con que los flacos ganamos.
 Y da gracias á que hoy
 No me siento para el paso,
 Que sino os diera un repaso
 Que hiciera ¡por san Eloy!
 Vuestra derrota patente ;
 Mas porque no echas á broma
 Lo que voy diciendo, toma,
 Con lo que sigue entretente.
 Sois un puro inconveniente
 Vosotros los mofetudos,
 Y haceros en la piel nudos
 Fuera á mi ver muy prudente.
 Prescindamos del apodo
 Preciso de un barrigon,
 Aquello de san Anton,
 Pero con el cerdo y todo :
 Prescindamos de que Utrilla
 No sabe cómo ajustaros
 Un chaleco sin ahogaros,
 O un pantalon con trabilla ;
 De que él se desacredita,
 Y con fatal desengaño
 Ve que no le queda paño
 De vuestro frac ó levita ;
 Prescindamos de los caros
 Que sois y poco económicos,
 Vamos á los lances cómicos
 En que teneis que encontraros.
 Pues, señor, que eres feliz,
 Y que tu cara hermosura
 Te recibe en noche oscura,
 Y os veis nariz con nariz :
 Dónde os esconde una trampa
 Del tutor atrabiliario ?
 En baul, balcon ó almarío

Ni á pechugones se os zampa.
 No hay asilo que se os dé,
 No hay hueco en que esteis holgados ;
 Si os cierran moris ahogados.
 Y si no os cierran se os ve.
 ¿Y si vais de formacion ?
 El fusil y fornituras
 Os presnan las asaduras,
 Y sudais el corazón.
 ¿Si vais á un duelo ? ¡qué azar !
 Aunque el contrario sea manco,
 Como opondis tanto blanco
 Por fuerza os ha de tocar.
 Pues digo, ¿si es á pistola
 Y os toca el tiro segundo ?
 ¡Bah ! despedíos del mundo,
 Y que carguen su arma sola.
 ¿De qué os valdrá la fatiga
 Que empleeis en perfilaros ?
 La bala al fin ha de entraros
 Por mitad de la barriga.
 ¿Pues si viajais en carruage ?
 Basta solamente veros
 Para que los compañeros
 Pronostiquen un mal viaje.
 Cualquier asiento es escaso
 A vuestras asentaderas,
 Y los puentes y escaleras
 Rechinan á vuestro paso.
 Si os caeis, ¿quién os levanta ?
 Pues casados y dormidos
 Os supongo ; ¡qué ronquidos !
 La pobre muger se espanta.
 Y si coge al fin el sueño
 Sueña con un terremoto,
 Y es que mugen como un choto
 Las narices de su dueño.
 Pues ¿si haceis el alma tierna ?
 ¡Qué cariños tan brutales !
 ¡Como que son diez quintales
 Cada brazo ó cada pierna !

Y paro aquí por lo grave
 Del asunto, que sinó
 Hasta dónde fuera yo
 Díos solamente lo sabe.
 Por cuyas dos mil razones
 Os llevamos gran ventaja,
 Los hombres como una paja
 A los hombres barrigones.

CANTOS DEL TROVADOR.

INTRODUCCION.

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
 Que henchidas de perfume se perdian
 Entre los lirios y las frescas rosas
 Que el huerto ameno en derredor ceñian ?
 Las brisas del otoño revoltosas
 En rápido tropel las impelian,
 Y ahogaron la estacion de los amores
 Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
 En torno de la antigua chimenea,
 Y acaso la ancha sombra recordamos
 De aquel tizon que á nuestros piés humea.
 Y hora tras hora tristes esperamos
 Que pase la estacion adusta y fea,
 En pereza febril adormecidos,
 Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
 Nos lanzamos dó quier, y órgias sonoras
 Estremecen los ricos aposentos
 Y fantásticas danzas tentadoras ;
 Porque antes y despues caminan lentos
 Los turbios dias y las lentas horas
 Sin que alguna ilusion de breve instante
 Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
 Sueños de oro y de luz mi dulce vida
 No os dejaré dormir en los salones
 Donde al placer la soledad convida :
 Ni esperar revolviendo los tizonos
 El yerto amigo ó la falaz querida
 Sin que mas esperanza os alimente
 Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
 Venid, yo halagaré vuestra pereza ;
 Niñas hermosas que morís de amores,
 Venid, yo encantaré vuestra belleza ;

Viejos, que idolatrais vuestros mayores,
 Venid, yo os contaré vuestra grandeza ;
 Venid á oír en dulces armonías
 Las sabrosas historias de otros dias.

Yo soy el Trovador que vaga errante :
 Si son de vuestro parque estos linderos
 No me dejéis pasar, mandad que cante ;
 Que yo sé de los bravos caballeros
 La dama ingrata, y la cautiva amante,
 La cita oculta y los combates fieros
 Con que á cabo llevaron sus empresas
 Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mi, yo canto los amores,
 Yo soy el Trovador de los festines ;
 Yo ciño el arpa con vistosas flores
 Guirnalda que recojo en mil jardines :
 Yo tengo el tulipan de cien colores
 Que adoran de Stambul en los confines,
 Y el lirio azul incógnito y campestre
 Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡Ven á mis manos, ven, arpa sonora !
 ¡Baja á mi mente, inspiracion cristiana,
 Y enciende en mí la llama creadora,
 Que del aliento del Querub emana !
 ¡Lejos de mí la historia tentadora
 De ajena tierra y religion profana !
 Mi voz, mi corazón, mi fantasia
 La gloria cantan de la patria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
 Del pueblo en que he nacido la creencia :
 Respetaré su ley y sus altares :
 En su desgracia á par que en su opulencia
 Celebraré su fuerza, ó sus azares,
 Y fiel ministro de la gaya ciencia,
 Levantaré mi voz consoladora
 Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor ! ¡tesoro de memorias,
 Grande, opulenta y vencedora un dia,